

Arte en el Mundo Alocado de Filippo De Pisis

Por

ARTURO LAGORIO

A FILIPPO DE PISIS le fotografiaron en poses estrambóticas. Ignoro hasta dónde se prestó al juego peliagudo de los reporteros gráficos. Vi fotos de él singulares. En una aparece sonriendo, entre enigmático y orgulloso de su boina negra con pompón blanco, cerca de una vieja cocina económica y empuñando la manivela de una máquina grandota de moler café. Pienso que no supo zafarse del peligro traicionero de los periodistas fotógrafos. Al advertirlos, el Arzobispo de Santiago de Compostela, dilecto amigo también finado, perdía su proverbial serenidad y a cada concierto de *flash* murmuraba: *¡Sálvenos el Señor, ahí está Lenin!*

La muerte de Filippo* fue noticia. Los corresponsales de las agencias, para sazonar el plato, no le escatimaron a su personalidad epítetos de toda laya: *pintor excéntrico, pintor, poeta y matemático loco*... Y en el epígrafe de una foto se leía: *De Pisis, pintor que se hizo famoso porque paseaba por Venecia un papagayo en el hombro.*

Descendiente de una noble familia, los Tirbitelli, De Pisis nació en la nobilísima y plusmilenaria Ferrara, ciudad de origen casi mítico que, en el Renacimiento, durante dos centurias, fue capital del Ducado de los Este, poderosos también en Módena y Reggio.

Las cuatro torres, que defendieron al imponente castillo estense,

* De Pisis murió en 1956 al cumplir sesenta años.

todavía ponen una nota guerrera en el ambiente de *solitaria paz* ciudadana, que cantó Carducci. En sus salones, fastuosos de barroquismos lucen pinturas de varias generaciones de artistas. A partir del neorrealista, y primer pintor de Corte, Cosmé Tura y pasando por los refinamientos de Francesco del Cossa, que le sucedió en el cargo (autor de los estupendos murales del palacio de los Schifanoia), hasta las fantasías de Dosso Dossi. El desfile de carnes venusinas y angelotes díscolos contrastaba con el latente aire belicoso favorecido por las hazañas conquistadoras de los Este. En tal clima de caballería vívida, Mateo Boiardo elaboró su *Orlando enamorado*. Francesco Cieco forjó las andanzas de su *Mambrino* y Lodovico Ariosto anduvo trasoñado temando sus *bagatelas*, según las estimaba burlonamente su amo y señor, quien además le reprochaba *su manía de perder el tiempo*... Pero el futuro autor del *Orlando furioso* no se disuadió de su empeño de emular al otro *Orlando*. Durante veinte años, consagróse al lancinante juego de concretar con limpidez expresiva, lo que sería su mundo lírico. Se dijo que el simbolista Mallarmé al licenciar un poema, para su impresión, lo reclamaba con el fin de *agregarle otro poco de oscuridad*. El Ariosto, en vez, corregía cada verso para *agregarle una mayor naturalidad*. Hemos tocado con trepidación *sus papeles* en la Biblioteca Comunal, donde sus restos reposan en un templete de mármoles coloreados. Por su captura de la *adusta perfección* y en gracia de su humor, Cervantes expresa que si es en su lengua original *pone sobre su cabeza al Orlando furioso* salvándolo de la quema de los libros de Don Quijote.

Llamado por su padre Bernardo, ya poeta de renombre, el joven Torcuato Tasso, desde su nativo Sorrento, allegóse a los muros ducales. Más tarde los patinaría con quejumbres poéticas por amor de la inalcanzable Eleonora d'Este. Esa pasión fue tema para muchos autores románticos. Inspirado en varias versiones y, después de la comedia de Goldoni, Goëthe hizo dos dramas, uno en prosa y otro, tras su primer viaje a Italia, en pentapodios yámbicos, al que consideró *médula de sus huesos y carne de su carne*. Byron compuso su *Lament of*

Arte en el Mundo Alocado de Filippo De Pisis

Tasso. Donizetti y Benjamín Godard usaron el argumento para óperas. Desde la juvenil *Jerusalén liberada* hasta su definitiva *Jerusalén conquistada* ¡cuántas andanzas y altibajos psíquicos! En el hospital de Ferrara estuvo recluido siete años, episodio que el pintor Eugène Delacroix fijó en su famoso cuadro *El Tasso en el manicomio*.

Acaso el silencio dominante en Ferrara —también decantado por D'Annunzio—, solamente interrumpido por ecos de extinciones de cosas llegó a agobiar a De Pisis. No se aquietaría con la serenidad de la Virgen de la Catedral, enmarcada en fastuosidades góticas. Algunos palacios románicos rezumando memorias trágicas, le alejaron de sus diálogos infantiles con las aguas del río Po. Ya retomaría sus idilios panteístas en tres ciudades húmedas: Venecia, París, Roma.

En la Urbe, que el Tíber riega amorosamente, conocí hace treinta años a Filippo. Coincidimos en la redacción de *L'Italia letteraria*. El había ido a entregar algunos poemas y dibujos y también para tomar contacto con los capitostes artísticos, tras su larga residencia en París; yo para corregir unas galeradas y platicar con mi fraterno Curzio Malaparte.

Casualmente, en aquella mañana primaveral, no aportaron su pintoresca presencia los personajes, que en la redacción hacían pena. A buen seguro prefirieron los halagos del sol romano a los alfilerazos polémicos. Cansados de aguardar enfilamos la vía Cesare Battisti. Roma, con sus imponderables, nos unió. Y fuimos hacia Castel Sant'Angelo. Filippo me había expresado su predilección por los cursos de agua que espejan majestades.

Filippo vestía con elegancia no insolente, discreta cual aconsejó Lord Brummel. Su única ostentación el monóculo. Su hablar pacato. Solamente alteraba su voz en tratándose de temas estéticos. Camino andando bebimos un par de *amari*. Ese licor amargo melificó nuestras ideas. Hubo afinidad en apreciaciones artísticas. Ya confraternizamos, no obstante le confesara mi desconocimiento de sus cuadros y poemas.

Al pasar el puente ya dimos con la autenticidad del *pueblo menudo*, pululante en el abigarrado sector Trastevere.

Anduvimos mucho. Las piernas respondían movidas eufóricamente por el éter que pasa por cedazos marinos, supera los siete collados y deja su sabor indecible. Esa zona popular de Roma no es tan chocante y repugnante (*rebutant* dice el texto del *Voyage en Italie*) cual desde su calesa la vio el prosopopéyico Taine. Es de creerse, con ojeadas de envidia. No se justifica el tono despectivo al referirse a los habitantes de la Urbe. Tal vez le irritara el latente orgullo de los nativos que hacen letra viva del secular *stornello*: ¡Dejadnos pasar, somos romanos!

Los ojos de Filippo eran lujuriosos de formas coloreadas. Los míos, más simples, no exageraban la fealdad de los charcos de aguas viejas o las *paredes leprosas* que obsesionaban a Taine. Nosotros preferíamos los rostros frescos, con peinados lustrosos, de las montañesas que traían conos de *ricotta*. Ni de Pisis ni yo éramos coleccionistas de cochambres, al modo de tantísimo productor de películas neorrealistas —agiotistas de miserias— sabios en acaparar fealdades en objetivos, cuantimás tecnificados menos artísticos. Tales fanáticos se empeñan en rehuir sistemáticamente cualquier motivo de belleza: una columna inútil pero viviente en sus volutas, algún trozo de mayólica que tercamente luce o la verja, con óxidos impotentes, de un parque abandonado. Es inútil pretender anular los portentos diseminados; no importa si desteñidos ante la blancura insolente de los nuevos barrios con manzanas de pisos horizontales: palomares sin palomas.

El mirar rapifiador de Filippo se concentró en la caza de colores violentos. De más en más el aire ultramontano llevaba y traía tufillos de yantares atrayentes. Y sin resistirlos enfilamos la puerta de una de las tantas *osterie* que ofrecen diálogos joeundos de mesa a mesa y resonancias de maderos libres de manteles. Y de yapa los hosteleros hacían la cuenta de la consumición en *soldi* (cinco céntimos de lira).

Allí comimos unos *fettucine* tan buenos como los del celeberrimo restorán de Alfredo, quien desde un alto escalab, que dominaba los sa-

Arte en el Mundo Alocado de Filippo De Pisis

lones aristocráticos, revolvió *magistralmente con su juego de cubiertos de oro*, las ristras de *fettucine a la Alfredo* (al fin tallarines), cuyo secreto se limitaba a la conjunción del perfumado y picante queso romano con suaves mantecas del Lacio. Y además nos regalamos con unos formidables alcauciles *al infierno* y con el famoso *abbacchio* a la romana: corderito al horno con sabor de apio y aromas de romero. Para desgrasar, unas frutillas perfumadas por el Lago de Nemi. El todo con tragos de vino de Frascati y de Marino, villa en la que para festejar el día de la vendimia, las fontanas de su plaza ofrecían inagotables chorros de vino.

El ambiente —antes caldeado con alientos de estómagos agradecidos— al mediar la tarde se enclasmó. Al irse los clientes dicharacheros, De Pisis musitó algunos versos y su cántico por la muerte de la madre. Se quitó el monóculo pasando los dedos sobre sus ojos cual si quisiera deshacer telarañas de pesadilla. Al descorrer el telón de sus manos nerviosas, su mirar ya era extrañamente prófugo. Oprimiéndose las sienas me expresó que le dolía la cabeza insoportablemente. Más tarde, me enteré que la pérdida materna, años antes, le trastornó. Desconocía su transitar por los laberintos de *la cárcel de tinieblas*. Para su buena suerte, más de una vez, lo salvaron algunas mirillas angélicas. La luz recobrada le permitía volver entre los hombres. Y era su renacimiento. En colores e imágenes liberadas por flujos soncros, sus retinas febriles atomizaban las formas para darles una nueva realidad.

Salimos de la taberna cuando los huecos del crepúsculo fugado se llenaban de colchones de sombra para la copulación de las estrellas. Me acompañó hasta Ostia donde embarqué en un hidroplano para restituirme a mi sede de Nápoles. Le ofrecí mi residencia, pero nunca vendría. De Pisis era un hombre fluvial, le temía a la locura marina, aun la pacífica del Mediterráneo, al que también a veces se le hinchan las narices de furor.

Le prometí encontrarnos prontito en Venecia porque a los pocos días participaría de un *Entretien d'Art*, patrocinado por la Sociedad de las Naciones. Cuando fui no le encontré en su estudio del Cana-

lazzo. Hallábase en su anual retiro de Las Dolomitas, sin duda para ver, sin cansarse, el juego a escondidas del sol, las galaxias y la luna con la nieve, que al fin se escabulle por los desfiladeros, en estrías de riachos.

Al volver de Venecia, con motivo de mi viaje a Gardone para visitar a D'Annunzio, no resistí a la tentación de acercarme a Cortina d'Ampezzo para ver a Filippo. Al primer chicuelo que le pregunté por el pintor supo guiarme. Habitaba en un modesto *ranch*, frente a un bloque de piedra que trascoloraba cual epidermis. Los turistas no se ocupaban mayormente de él. Los muchachuelos eran sus amigos. Para recogerle flores montañas trepaban desafiando peligros; se las ofrecían estrujadas y él las reproducía agrietadas de delirios. Y los jóvenes se pasmaban al verle realizar el milagro de sus transfiguraciones. Y *las cosas* metafísicamente surgían de su paleta, expandiéndose más allá de los límites aparienciales. En colores filiformes se veían enlaces morfológicos de lo *presuntamente real* con las realidades, ya concretas, de lo onírico. Esos claros presentidos liberaban al artista de las agobiantes sombras espectrales que lo circuían de caos.

Filippo, sin contagiarse de los alardes deportistas que le rodeaban, mostrábase afanoso por coordinar las incandescencias de los colores, latentes como volcánicos fuegos escurriéndose de la corteza opaca de lavas. Le veía buscar el enigma de las neviscas con el fervor de los paisajistas chinos. Al terminar una de sus efusiones plásticas no pude menos que recordarle a Lao-Tsé, el de la línea recta, cuando predicara: *Es, sobre todo, entre las cosas más que en las cosas donde es preciso hallar lo esencial.*

Sus pinceles, con cabriolas y expansiones retráctiles o tensas, daban milagrerías de lo imaginado al trastocar luces para el presentido juego de la contemplación. Pero, modestamente, Filippo no titubeó al decirme que *anhelaba esa nouvelle mecanique picturale que entreviera Raoul Dufy*. Entretanto transmitía su patetismo en tonos espeluznados por los roces de la luz errátil.

— *Penamos para hallar pigmentos absconditos* —comentó— *esos*

Arte en el Mundo Alocado de Filippo De Pisis

que crearon los venecianos... llevándose el secreto. Y como leit-motiv obsesionante repetía: *Padecemos para redescubrir verdades perdidas...*

En esa época De Pisis ya había superado su primera *manera*, influida por De Chirico, maestro del tiempo demorado en hallazgos de estatismos cargados de napas metafísicas. Después creyó en las *construcciones del espacio por el color*, como aleccionara Henri Matisse. Influencias aparte, era apasionante verle en sus lanceos de esgrimista buscando cuerpos enemigos huidizos. A los modernos sabihondos les será utilísimo que no olviden el pensamiento de San Agustín: *Toda imagen es semejanza, pero no toda semejanza es imagen.*

A la hora del té, Filippo, con modos de prestidigitador, extrajo de un arcón veneciano un servicio de porcelana china. Cuando se lo clogió, me repuso: *No es completo, porque lo conseguí en una de mis frecuentes visitas al Marché aux puces...* Sobre una mesa rústica tendió un mantel de hilo con encajes de Burano y unas copas de cristal de Murano, aclarándome: *Estos sí que no son en serie... no solamente en las artes débese preferir lo genuino... A mí también me consideran un raro porque lucho denodadamente para ser ingénito...*

De Pisis campaba, sin preocuparse del turbión de los turistas, petulantes al creerse amigos de aquellas simas nunca conquistadas por las adulaciones de los esquíes.

Con muy pocas ganas dejé la compañía del sortilegiado por las piedras dolomíticas. Ya nos volveríamos a ver en su estudio de Venecia, desde donde se columbra el Canalazzo que moviliza pulverizaciones de claroscuros. Y le vi, de nuevo, en su fanática tarea de plasmar acentuaciones plásticas. Lucha difícil la de fijar colores que no querían quedar estáticos, como ansiosos de desparramarse en el ambiente veneciano. A veces lograba su intento. Cuando quise señalarle algunos aciertos no me creyó, era un no-conformista. Para esquivar elogios me mostró, con ostensible orgullo, un quitasol verde tiernameamente descolorido.

—*¡Vamos a ver si adivinas a quién perteneció!* Y me miraba con

ojos pueriles, ya liberados de la distorsión del monóculo; adminíeulo que, se me ocurre, fue un pretexto para mantener un recuerdo altivo de su nobleza ancestral.

Impaciente sin darme tiempo, agregó:

—*¡Fue de Manet!... ¡Nada menos que de Manet!... Un loco para algunos... pero adorable como esos patriarcas fabulosos que dijeron verdades difíciles de comprender... ¡Cuántas veces le habrá reparado del sol evitando que la luz, vengándose de sus intentos de esclavizarla en telas, le friera los sesos!*

De Pisis se exaltaba con facilidad. Pensé en don Alonso Quijano. Me sentí Sancho, pero sin los recursos de su buen razonar. En el vaivén de su fantasía de cruzado le dejé, quizá entregado a las alternativas de su *autismo*. Congénito en él y no simulado como el de muchos abstractos que lo usan artificialmente para defender sus deformaciones expresivas. De Pisis, para su bien ¿o su mal?, aún no pertenecía a la familia de los *ciclofrénicos*. Entonces el curso de su latente psicosis *maníaco-depresiva*, manteníase relativamente benigna; aún coordinaba sus delirios.

Más tarde me informaron que su sentir justificaba el terrífico antimema de *genio y locura*. Al fin supe que había ingresado en la inmensa archicofradía de los penitentes de la *peste blanca*.

Ya en 1830, según se sabe, en su tesis doctoral Moreau de Tours había planteado un apasionante problema con su afirmación: *El genio es una especie de neurosis, un estado semimorboso del cerebro*. Tales inducciones de posibles implicancias no eran novedosas. Ya los helenos relacionaron al *furor* de la inspiración, con el efecto de las potencias arcanas del *daemon* propiciador de altas concepciones... Oribazio y Aristóteles señalaron anormalidades psíquicas en filósofos, poetas y artistas. No se salvaron de la mención Sócrates, Platón y Empédocles.

Recuérdase la opinión de Revaille Parisse (1833) enunciando que *los esfuerzos mentales producen la melancolía y la neurosis*. Esa

Arte en el Mundo Alocado de Filippo De Pisis

tesis favoreció la proliferación de una miríada de *patografías*. Vocablo muy en boga modernamente, que responde, en muchos casos, a formulaciones analíticas despiadadas. Sobran los ejemplos en demasiadas obras de historiadores, ensayistas y autores de *vidas romancesadas*.

No vamos a detallar las horas contrastadas de Filippo. Ya abeja, coleccionista de pólenes coloristas, ya araña, aprisionada en una celda sin alhajamientos, atrapando delirios.

Varios cronistas relataron aquellos años de sus trances hígidos o morbosos. Recordemos que cuando le visitamos, en el sanatorio, al elogiarle sus telas expuestas en las paredes de su cámara de aislamiento, con gran sorpresa él se empecinó en aclararnos:

—¡Oh!, no merezco alabanzas... *Estos pasticcini no son más que ensayos... quien pinta bien es un maestro que tiene su estudio sobre el Canal Grande... y se llama Filippo De Pisis. Vayan a verlo. Ese sí que es un artista... Sus telas modernas no desmerecen a las de otro maestro, el Canaletto... Confróntenlas y vengan a decirme si no tengo razón... No se olviden... Vayan a verlo a De Pisis...*

Sin dar valor a sus cuadros Filippo insistió en regalarme alguno. Yo nada había hecho para merecerlo. Además no tuve el coraje de abusar de su enajenación.

Intenten otros su patografía. En el mundo sobran candidatos para ese menester. Es una galería interminable. Deléitense ctros en tal museo doliente, de *alti guai* dantescos. En él hallaremos algún personaje bíblico, bastantes númenes mitológicos y hasta grandes reformadores religiosos: Buda, Mahoma, Calvino y Lutero. El resobado dilema de *santo o loco*, de *genio o paranoide*, de *artista o esquizofrénico*, está a la orden del día. A menudo se afirma: *el mundo está angustiado, arte neurótico, la humanidad está enloquecida, vamos a un suicidio colectivo, el mundo está loco loco.*

En tribunales científicos vemos a personajes insospechables en su hora activa. Después se los pondrá en la picota. Es sabido que ni

el proteico Leonardo, ni el olímpico Goëthe, ni el imperturbable Kant, ni el impasible Newton se salvan de las indiscreciones de la creciente cohorte de chismosos de la gloria. (¡Ay, cuántos que se les estima hombres de ciencia, a fin de cuentas no son más que miopes, incapaces de atisbar grandezas distantes!).

Para valorizar la pintura de Utrillo su *marchand* magnificó sus borracheras, e hizo saber que el artista malgastaba también sus días viendo el desfilar obsesionante de un trencito eléctrico. Y para valorizar su producción propaló que el pintor ya no retomarí­a sus pinceles, porque en realidad ya no le interesaban.

Otras especies de abulias se le atribuyeron a De Pisis y se rumoreaban sus extravagancias; así un prestigio de *loco egregio* se cimentó.

De Pisis no vivió como Hölderlin, sumido en un *autismo* desolador. Es sabido que el poeta creía que el mundo estaba cubierto por un velo de niebla. A los 38 años de edad, casi la mitad de su vida, afirmaba: *Es difícil soportar la infelicidad, y más la felicidad.*

Roberto Schumann capta voces concretas *del más allá*. En su *In der nacht*, entre acordes emergen sombras con quejidos, alaridos, interrogaciones. El más exquisito músico, según nuestra ceguera admirativa, vivió coartado por la *certidumbre de que los hombres y las cosas se habían coligado para conjurar contra él, envidiosos porque Schubert y Mendelssohn le dictaban desde sus tumbas obras inmortales.*

El portentoso Amadeo Hoffmann, en otro sector onírico, experimentaba la sensación angustiosa de que el mundo circundante era una multiplicación de su persona.

La paranoia coloca sus cristales esquinados, en visiones corporizadas de lo irreal.

De Pisis alternó éxtasis celestiales, arrobos de luces irreales y fulminantes caídas en bolgias de atonía. Fue un hermano de los vendedores de humo de tristezas, melancólico pariente de los Maupassant, Van Gogh, Toulouse, Gauguin, Modigliani, Pablo Podestá, Koek Koek, Ja-

Arte en el Mundo Alocado de Filippo De Pisis

cobo Fijman... Como tantos otros, hallaba su *katharsys* purificadora en las liberaciones que ofrece cualquier arte. La potencia de esos predestinados finca en su falta de preocupación ante la posibilidad de quedar incluidos en graves catalogaciones (pase tan fea palabra por su menester tan tremendo) de algunos psicólogos, a veces excesivos en sus conclusiones lapidarias. Como aquel famoso Francis Galton, fundador de la escuela antropológica, que hasta sus noventa años anotó y clasificó sus propios antecedentes psicopáticos hasta el punto de llegar a ser, como tantos aprendices de brujo, una víctima del propio juego.

Filippo, liberado de su forzada reclusión, pudo retornar a su casa de la *ciudad del silencio*. De nuevo las almenas del viejo castillo le ofrecerían escapismos con sus fábulas. Desfile encantado de caballeros ariostescos, con sus armas sonámbulas en luchas con endriagos incansables. Luces declinantes parpadeando en la oscuridad de sus horas postreras, agónicas porque su brazo no podía mover pinceles ni espátulas. Los instantes del quehacer creador se desvanecieron como ceniza de pitillo que arde solo. El ya era incapaz de beneficiarse con el mandamiento de otro que, tres siglos antes, padeció de *peste blanca*, don Luis de Góngora:

Goza, goza el dolor, la luz, el oro.

A entrambos, y los junto por su fraternidad en el amor por las espirales sin fin, quiero ilusionarme que no les habrá faltado el consuelo de *sentirse alguien*. Y quiero creer que entre tanto rumorear oceánico de las vorágines, enjauladas en sus arterias, y el crepitar de sus nervios entrechocados, hayan atrapado sendas pausas de silencio reparador. Esa ambicionada quietud que permite percibir los crujidos de ébanos lucientes, desperezamientos de cristales enfermos y la rebelión de gemas engarzadas.

Ya no lo recordaré en sus noches desgastadas de acedias; cuando

ARTURO LAGORIO

en vez de bogar sobre cardúmenes de estrellas se hundía en esa anulación que sintió Góngora:

Voces en vano dio, pasos sin tino.

No quiero imaginarlo angustiado por el torcedor de la duda de que su obra valiera menos que el resplandor vencido del quitasol de Manet. ¡Quién sabe si los familiares de Filippo se habrán acordado de ponérselo a su ladito en el cajón fúnebre! Sin duda, su mejor compañía.